



No hay epílogo al proceso

La disputa del archivo de Kafka

ALBERTO SAL AGUERO

"Mi última petición: todo lo que dejo debe ser quemado sin ser leído...". Si su íntimo amigo y posterior editor Max Brod hubiera acatado al pie de la letra este último deseo, ahora Franz Kafka

engrosaría la cuota de tantos personajes que se ampararon voluntariamente en la invisibilidad. Manuscritos de obras completas, bosquejos de futuros proyectos, cartas a tantas amadas lejanas hubieran ardido como ardieron poco después pilas de libros bajo la mirada enfebrecida de Hitler. Pero Brod desoyó la decisión de un muerto y ese muerto se volvió inmortal gracias a su obra renegada. Ochenta y cinco años después, el proceso sigue abierto. La Biblioteca Nacional de Israel reclama al Archivo de Literatura Alemana de Marbach el original del legendario *El Proceso*, subastado en 1998 por una suma que ascendió a los 1,98 millones de dólares. El vendedor se mantuvo en estricto anonimato, aunque no es complicado adjudicarle una identidad: Esther Hoffe, la figura clave de esta erudita opereta, secretaria de Max Brod y depositaria (hasta 2007) de su archivo personal, en el que se integraban los papeles de Kafka. Papeles que han sido vendidos al mejor postor durante cinco décadas pero cuyo mayor porcentaje se mantiene confinado en cinco cajas fuertes, exigidas también por la institución israelí.

En 1939 Brod huyó de Praga ante la inminente invasión nazi y se estableció en Tel-Aviv. Llevaba consigo los documentos de Kafka, actualmente propiedad de

